

De Silvia Pratt:

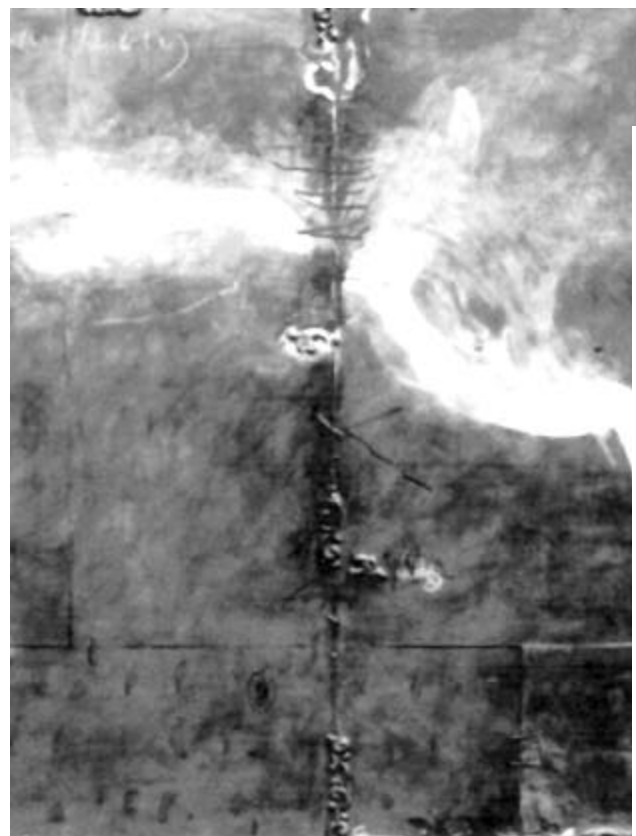
Isla de LUZ

EDUARDO HURTADO

En *La locura que viene de las ninfas*, Roberto Callaso describe la diferencia entre la posesión, tal como la entendieron y vivieron los griegos clásicos, y las formas que ha adoptado en el imaginario occidental contemporáneo, casi siempre asociadas a una especie de morbo aterrizante. Si entre los antiguos la posesión era sobre todo una vía de acceso a estados de conciencia excepcionales, el hombre moderno se representa al poseído mediante figuras características del ocultismo decimonónico: brujas glosolistas, bocas espumosas, feroces rubias satanistas. En el cotejo, la cultura de nuestros días sale perdiendo. Todo indica que nosotros, hombres del siglo XXI, apenas y advertimos los lazos profundos que vinculan posesión y conocimiento.

Para un griego de la edad homérica la posesión no era un tema de análisis o reflexión: era, simple y llanamente, un fenómeno común. Esa sabrosa naturalidad con la que Homero canta la relación entre los hombres y los dioses, tiene que ver con las gracias y virtudes de la posesión. Si la convivencia entre lo humano y lo divino fue posible en aquella edad remo-

ta, en buena parte se debe a que, para los griegos de la edad antigua, en la vida mental anidan potencias capaces de dominarla por completo. Esas potencias, para ellos, tienen nombres y perfiles: se llaman Zeus y Hefesto, Némesis y Océano. Gracias a esta peculiar visión del mundo su vida cotidiana aparece atravesada



Juan Ramón Lemus

da por una estrecha relación con los moradores del Olimpo. Cuando lo extraordinario se manifiesta; cuando la vida se sale de los márgenes del hábito y la repetición; cuando la avidez o el desasosiego crecen hasta sacudir todo principio de orden; cuando, en fin, el pensamiento abandona los territorios de lo reconocible y ronda las provincias de la locura, los héroes homéricos saben que es un dios el que los hace actuar.

En el más reciente libro de poemas de Silvia Pratt, *Isla de luz*, la autora acomete la tentativa de reingresar a la esfera de los dioses. Ardua tarea y a todas luces dolorosa, en cuanto que para un individuo de nuestro tiempo la mente ha dejado de ser un lugar abierto a las incursiones, súbitas o provocadas, de la divinidad.

Entre los antiguos, *Incursio*, vocablo que alude a la posesión, designa ese instante en que la mente es invadida por fuerzas que la exceden, y propicia una metamorfosis extrema del sujeto invadido. Cada metamorfosis, a su vez, trae consigo un conocimiento, el cual no es traducible a una fórmula axiomática, sino que hace ingresar a quien lo adquiere en la esfera de la vivencia mística.

De modo semejante, en el arrebatado ejercicio escritural que pone en juego *Isla de luz*, Silvia Pratt se ha dejado poseer y golpear por el demonio de la perplejidad y la incertidumbre. Su largo poema oscila entre la epifanía y la práctica zen del vaciamiento. Parte la autora de una serie de preguntas esenciales (¿Quién soy, por qué estoy bajo este cielo?), sólo para refrendar a cada paso la persistencia del no saber. En la extensa y fluctuante cadena de cuestionamientos que conforman este largo poema unitario, cada pregunta lleva a otra, cada enigma conduce a uno nuevo, tal vez más hondo y apremiante:

¿Qué fue de ti, Delos?

¿Alguien podría otra vez sentir la savia de tu entraña?

¿Renaces acaso en cada isla de la tierra?

El río circunda mi piel.

La humedad me invade.

Desterrada en estos parajes

miro el sol del oriente y del poniente.

¿Por qué estoy bajo este cielo?

Descubro horizontes que albergan

los balbuceos del río,

los enigmas de la luna.

Y escribo desde esta isla,

desde este espacio ajeno,

desde esta roca en la cúspide del mundo.

Silvia Pratt consuma la singladura espiritual que describe *Isla de luz* a través de un doble movimiento: el combate con figuras que habitan su mente y el mundo (mejor dicho, un lugar preciso del mundo) y el abandono sin reticencias a su influjo desestructurante. Este vaivén persistente, que de algún modo remite al viaje cognitivo de Sor Juana en el *Primero Sueño*, constituye el sostén del poema, su punto de partida y su imposible término. En él atisbamos los síntomas de la posesión, así como las señales del conocimiento metamórfico que la posesión misma acarrea.

Patrizzi, el filósofo neoplatónico renacentista, describe el conocimiento metamórfico como “un río subterráneo que surge a la luz de la conciencia, para desaparecer luego por el resto de nuestra vida”. No es casual, entonces, que entre las figuras del poema que nos ocupa surja una y otra vez, presencia articulante, un río, acaso el San Lorenzo de Montreal, la ciudad en la que Silvia redactó su poema. Pero hay otras figuras relevantes: la luna, la noche, la tierra, parcas y sibilas, minotauros, laberintos, grutas, el sol y, por supuesto, la luz. Transfiguradas en seres actuantes por el poder de la poesía y, por qué no decirlo, de la retórica (metáforas,

metonimias, paronomasias), estas figuras sostienen con la autora un permanente regateo, que va de la intimación al rechazo, de la insuficiencia a las más inesperadas revelaciones:

Y aquí,

erguida,

aunque un día seré sólo una sombra
que se esfumará de esta isla,
vivo cada instante
estirando el tiempo hasta la médula.

Oruga o mariposa

plasmo mi huella en este cántico
y lleno con palabras mi cántaro vacío.

Como en *Crujir de la hojarasca*, uno de sus libros anteriores, en *Isla de luz* Silvia Pratt ejercita su fe en el poema como lugar de las revelaciones. Los románticos europeos nos recuerdan que, modesto y todo, el último refugio de los dioses es la poesía. Pero esta idea surge, en realidad, muchos siglos atrás. En el otoño de los mitos, Cadmo, héroe del ciclo tebano, lleva a Grecia el alfabeto, vocales y consonantes que se enlazan en signos minúsculos, dones provistos de mente, modelo de un silencio que no calla. Gracias a esos pequeños trazos, a esas patas de mosca que el fenicio dispersó a lo largo y lo ancho del territorio griego, Occidente aprendió a postergar la convivencia franca con los dioses y se resignó a ubicarlos en el silencio de la mente. La *incursio* cobró la forma de inspiración. A partir de un delirio en el que no es difícil reconocer las marcas de la posesión, *Isla de luz* reemprende por su cuenta el arduo proceso de renuncia al trato inmediato con los dioses, sólo para refundar en el espacio del poema ese mítico lugar, la Delos de Apolo y Artemisa por ejemplo, donde los dioses comparecen, así sea por un momento, bajo la forma

inquietante del huésped desconocido. La poesía misma es, entonces, esa rara isla hecha de materia luminosa en donde la autora vislumbra “el orden del cosmos y el fulgor del universo”.

Invoco, Delos, tus enigmas.

Ah, la piedra consagrada en los suelos que pisamos.

Ah, montañas venerando las cenizas.

¿Qué misterio encierra el sol en plenitud

si la sangre se congela y el frío calcina las entrañas?

¿Cuál enigma la zozobra de las aves cuando fragua la tormenta?

Enmudezco ante tanta incertidumbre,

sobre mis párpados pesa la fatiga.

Para descifrar del invierno los rumores

alerta me mantengo.

No duerman, musas,

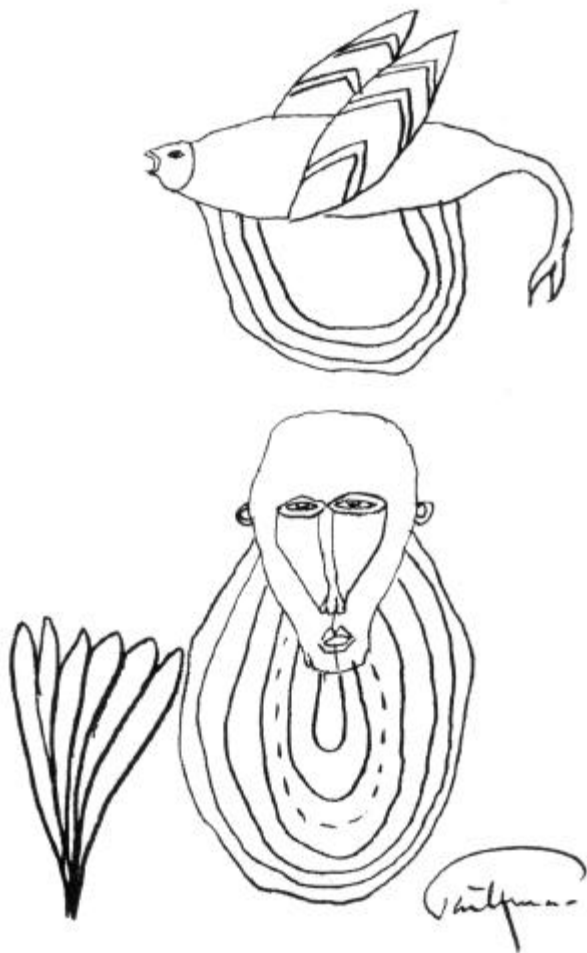
no permitan que mi canto en el horizonte se esfume.

A lo largo de este poema, las voces de la angustia y de la impotencia se alternan con las del hallazgo y el asombro alucinado. Al final, el que escribe y el que lee hallan en el delirio mismo una forma de reparación para tanto naufragio. No se trata, claro, de un final feliz, de esos que abundan en nuestra cultura, tan adicta a los desenlaces hollywoodenses. Al contrario: a lo largo de su poema Silvia Pratt se afirma en ese principio de raíz estoica, según el cual todo devenir humano es, al final del día, trágico. La reparación está en el delirio mismo. Ya Platón, en el *Fedro*, nos habla de la manera en que, a través del justo delirar, puede alcanzarse la liberación de los males que el delirio mismo conlleva. “Aquel que ha herido curará”, nos dice.

Delirio, manía, posesión: se trata, en todos los casos, de manifestaciones contrarias a ese sapiente

control de sí que tan alto prestigio ha obtenido en nuestra civilización, racionalista y pragmática. Puesto que, se quiera o no, esa visión nos ha marcado, nos cuesta asumir una manera otra de conocer que, como la que se desprende de este poema, nos habla en una lengua intrincada y sinuosa, hecha de gestos y de imágenes.

Algo de incalculable alcance sacamos en claro, sin embargo, al final de la lectura de Isla de luz; algo intransferible que no se enuncia sino a través de la lectura, pero que muy incompletamente podría esbozarse como un atisbo de trascendencia: no el borroso más allá de la simbología católica, sino la secreta continuidad que enciende el corazón de todo lo que existe. En la inspirada escritura de Silvia Pratt, ese atisbo



Soid Pastrana

se ilumina a partir de la observación minuciosa de la Naturaleza, particularmente del ciclo vivificante de las estaciones. Por momentos, el vuelo que impulsa su escritura la ciega un poco; esto la lleva a excederse en el uso de alegorías y en el proferimiento de interjecciones. Pecata minuta. Muy por encima de estos vicios menores, destaca la profunda sinceridad de su voz y el rigor formal que la encauza. Escuchemos, ya para concluir, unos cuantos fragmentos tomados del final de su poema:

Silencio.

Con el peso de los copos
las hojas crujen en la oscuridad.

Ceremonia en la espesura.

[...]

Que címbalos retumben.

Que fluyan manantiales.

Que el omphalos sagrado restaure cada sitio de la Tierra.

[...]

En los velos de la luna he de perpetuarme.

He de descifrarlos aunque siempre se transformen.

Sólo el silencio en el fulgor palpita.

Y escribo aquí.

Aquí donde moraron un día las deidades.

Aquí donde la tierra y el agua gestaron la arcilla sacra.

Ah, conjuros de la umbría.

Ah, este cielo sombríamente oscuro como abismo primigenio.

Ah, nocturnas aguas bebiendo nuestro llanto.

Aquí volverá a gestarse el mundo.

Aquí los ojos de la aurora lo develarán mañana. ■